



ARTÍCULO DE REFLEXIÓN

Recibido: 19 de marzo de 2022. Aprobado: 18 de octubre de 2022.

DOI: 10.17151/rasv.2023.25.2.8

“Este no es lugar para criar muchachos”: crecer y dañarse en un barrio popular de Manizales, Colombia

.....
“This is not a place to raise children”: growing up and damaged in a poor neighborhood of Manizales, Colombia

RESUMEN

Este artículo interroga las experiencias de violencia cotidiana, y las vulnerabilidades que estas conllevan, en un barrio popular de Manizales, Colombia. A partir de la descripción de situaciones etnográficas y haciendo énfasis en las vivencias de niñas, niños y jóvenes, analizo el lugar que ocupa, tanto para ellos como para sus familias, el espacio físico y social –aquí el barrio– en la reproducción de la violencia. ¿Qué implica crecer o criar los hijos en un espacio que “daña”, que destruye? ¿Qué otras vidas posibles se pueden imaginar frente al efecto destructor de las experiencias de violencia? Estas son algunas de las preguntas sobre las que busco reflexionar.

Palabras clave: juventudes, violencias, uso de drogas, etnografía, Manizales.

ABSTRACT

This paper questions the experiences of everyday violence, and the vulnerabilities these entail in a poor neighborhood in Manizales, Colombia. Based on the description of ethnographic situations and emphasizing the experiences of children and young people, the place that physical and social space the neighborhood occupies for them and their families

.....
Cómo citar este artículo:

Camacho-Mariño, N. (2023). “Este no es lugar para criar muchachos”: crecer y dañarse en un barrio popular de Manizales, Colombia. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 25(2), 187-208. <https://doi.org/10.17151/rasv.2023.25.2.8>

NATALY CAMACHO MARIÑO

Doctora en Antropología

y Sociología

LCSP, Université de

Paris, Paris - Francia.

✉ natcamachomariño@gmail.com

ORCID: 0000-0003-1015-6474

🔗 [Google Scholar](#)



in the reproduction of violence is analyzed. What does it mean growing up or raising children in a space that “damages”, that destroys? What other possible lives can be imagined in the face of the destructive effect of the experiences of violence? These are some of the questions the researcher seeks to reflect on.

Key words: youth, violence, drug use, ethnography, Manizales.

Introducción

Este artículo trata de juventudes, violencias y *solución*. Jóvenes, niñas y niños que crecen o han crecido en medio de múltiples formas de violencia –violencias que también ejercen en algunas situaciones–, y para quienes la *solución* es el pegamento que se inhala y que representa no sólo la droga más consumida en los barrios donde viven, sino también esa “solución” de escape, de olvido, a una vida que ellos mismos consideran “sin muchas oportunidades”.

Las reflexiones aquí presentadas surgen de un trabajo de campo etnográfico desarrollado en la ciudad de Manizales, particularmente en el aglomerado de barrios conocido por la administración municipal como la Comuna San José. El “campo” principal e intensivo se realizó entre los meses de enero y junio de 2021. Sin embargo, la comunicación con varias de las familias continúa hasta el presente –dos años después– gracias a llamadas telefónicas y mensajes por redes sociales (WhatsApp y Messenger), y se realizaron algunas visitas puntuales en diciembre de 2021 y mayo de 2023. Aunque el campo lo realicé principalmente en un barrio de la comuna, al que llamaré “El Rosal”, las diversas relaciones que tejí y los irs y venires de la etnografía me condujeron igualmente a algunos barrios vecinos.

A la Comuna San José llegué buscando respuestas sobre una historia urbana de desalojos y demoliciones relacionados con un proyecto de renovación urbana que, inconcluso desde hace más de diez años, habría transformado la vida de las personas que allí vivían. En 2009, bajo un discurso moralista y criminalizante, el alcalde de la época defiende ante el Congreso la necesidad de realizar una “renovación humana” en la comuna a partir de un enfoque urbanístico y erradicar las “ratoneras”, refiriéndose a las viviendas de muchos de los habitantes (Cantor y Cutiva, 2012). Considerada uno de los sectores más peligrosos de Manizales, la Comuna

San José reunía a los ojos de la administración municipal ciertas problemáticas que debían combatirse, tales como la delincuencia, el expendio y consumo de drogas, las construcciones de invasión y los riesgos de deslizamiento. Dado que una buena parte de la comuna estaba constituida de barrios en laderas, el objetivo inicial del proyecto urbanístico era reubicar a las familias, de las cuales sus viviendas estuviesen en mayor riesgo de deslizamiento, en apartamentos de interés social prioritario¹ que se situarían en la misma comuna. Sin embargo, hoy en día la realidad está lejos de parecerse al planteamiento inicial del proyecto. Demolieron escuelas, parques, centenares de casas, con el fin de construir en esos terrenos las viviendas y equipamientos urbanos, pero el paisaje actual es principalmente de ruinas, de lotes vacíos y cubiertos de maleza y de caminos intransitables. El macroproyecto ya no cuenta con financiación, pues su presupuesto inicial se ha cuadruplicado. Aunque muchas investigaciones realizadas sobre el tema hacen referencia a un gran proyecto de gentrificación, lo cierto es que, como ya lo mencionan Hernández-Pulgarín et al. (2020), sería más apropiado hablar de un “elefante blanco”.

Aunque mi llegada a la comuna se hizo con el interés de trabajar sobre el macroproyecto, el trabajo de campo –tal y como suele suceder en etnografía– me fue conduciendo hacia otras problemáticas. Inicialmente empecé a trabajar con colectivos de voceros de la comuna, quienes a partir de diversas estrategias llevaban la última década luchando en contra del desarrollo del proyecto de renovación urbana. Sin embargo, caminando por diferentes barrios y conversando con personas que no tenían relación con estos colectivos, percibí que la mayoría de habitantes de los barrios no se referían al macroproyecto, e incluso algunas veces me preguntaban: ¿cuál macroproyecto? Así, contrariamente a las preocupaciones que se ven reflejadas en las diversas investigaciones en ciencias sociales sobre la Comuna San José –las cuales en su gran mayoría concentran la atención en las consecuencias del proyecto urbanístico fallido– las conversaciones en las que participaba con habitantes de los barrios giraban en torno a preocupaciones más cotidianas: el consumo de drogas en los jóvenes y principalmente de *solución*, su permanencia en las calles del barrio debido al cierre de los colegios por la pandemia, las peleas que tomaban lugar en el espacio público, el desempleo y los problemas financieros, así como las relaciones de pareja, permeadas de celos, desamores y violencia de género.

¹ Apartamentos subsidiados en parte por un programa de acceso a la vivienda del gobierno nacional, a las que pueden acceder familias de bajos recursos que no sean propietarias de otra vivienda. Su valor máximo es de 70 salarios mínimos mensuales.

Entonces, sobre estas preocupaciones decidí concentrar mi trabajo de campo y, partiendo de ellas, proponer en este artículo ciertas reflexiones sobre la cotidianidad de niños, niñas y jóvenes en un barrio popular y fuertemente estigmatizado. Allí, vulnerabilidades, desigualdades y violencias crean un escenario social que muchas veces ellos y ellas, al igual que sus madres y padres, llaman de “no futuro”. Vulnerabilidades, desigualdades y violencias que se acentuaron debido a la pandemia por Covid-19. Desde la perspectiva de las personas que conocí –principalmente mujeres adultas y madres, jóvenes, niños y niñas– las preguntas que guían este artículo son: ¿qué significa crecer en El Rosal? ¿Cómo se vive –y se resiste– frente a las múltiples formas de violencia omnipresentes en la vida más ordinaria? ¿Qué “salidas” o “soluciones” son posibles ante la idea de “no futuro”?

En la primera parte de este artículo abordaré las características más generales del contexto donde se realizó el trabajo etnográfico, a partir de la vida cotidiana del barrio. En el segundo apartado haré énfasis en las múltiples formas de violencias y vulnerabilidades (Naepels, 2019) que enmarcan y que algunas veces dan sentido a la vida de las personas que conocí, principalmente jóvenes. En el tercer y último apartado analizaré la expresión “dañarse”, comúnmente utilizada tanto por los niños, niñas y jóvenes, como por adultos; una expresión relacionada con la idea de “no futuro” y con el lugar omnipresente de la *solución* en la vida de las familias y del barrio. A partir del “dañarse” como una sin salida, exploro las posibilidades de “solución” para encontrar *la salida*.

El barrio

A El Rosal llegué gracias a dos mujeres que vivían allí. La primera en llevarme a caminar por la Comuna San José fue Olga, una mujer de 45 años, madre soltera de cinco hijos y trabajadora doméstica. El día que la conocí ella estaba acompañada de Valeria, su hija de quince años. Nuestro encuentro se dio gracias a algunos conocidos en común y una cercanía se creó rápidamente gracias al recuerdo de habernos “distinguido” años atrás. Le comenté que estaba trabajando en un proyecto relacionado a la renovación urbana de la Comuna y cada una de las primeras frases que me dijo fueron para advertirme de los peligros de visitar los barrios. El hecho de que yo no fuera de Manizales y que tampoco conociera bien la ciudad, ponía en evidencia, para ella y para Valeria, mi ingenuidad de querer trabajar en la comuna. “¿Usted de verdad se va a meter a ese hueco?”, fue una de las preguntas que me hizo Valeria mientras caminábamos, refiriéndose al barrio donde había crecido. Durante los meses de nuestros encuentros, y a pesar de ser testigo de las múltiples relaciones

de confianza y amistad que yo había tejido con personas en El Rosal, Olga estuvo siempre preocupada de que algo me pasara.

La segunda mujer que me llevó a El Rosal fue Mónica. Una semana después de haber caminado por primera vez con Olga por las calles del barrio, conocí a Mónica cuando vino a solicitar ayuda para conseguir trabajo a una líder de la Comuna con quien yo estaba hablando. Mónica había perdido su último empleo desde hacía varios meses y su situación económica era de gran precariedad. Madre soltera de tres hijos a sus 37, buscaba trabajar “en lo que fuera” para garantizar algo de comida a los dos hijos que vivían con ella. Con Mónica construimos una relación cercana y gracias a esa cercanía y a su generosidad en ayudarme en mi trabajo, fui conociendo más personas del barrio.

El Rosal es uno de los 17 barrios que constituyen la Comuna San José. Se trata de un barrio pequeño, ubicado en terrenos en ladera y con una sola calle de acceso vehicular –que es a su vez una vía cerrada. Los espacios del barrio se transitan a pie, salvo en la vía vehicular donde, en las mañanas y al final de la tarde, transitan las motocicletas de algunos habitantes del barrio. De la calle principal se desprenden callejones estrechos que conducen a la mayoría de las viviendas y, casi como un laberinto, se puede recorrer el barrio de callejón en callejón. Una buena parte de las viviendas están construidas en bahareque² y cuentan con al menos dos niveles. Las familias viven en condiciones modestas y algunas veces extremadamente precarias. Los términos “pobres” o “pobreza” se utilizan sin reserva por las personas que frecuenté. Ellas se decían pobres y reivindicaban ese estatus, principalmente para entrar en relación con la administración municipal para poder ser favorecidos con algunos subsidios estatales.

Cuando se llega a El Rosal en la mañana, una humarada se filtra por los recovecos del barrio. El humo viene de una fábrica de productos alimenticios que se encuentra cerca. Ya acostumbrados al humo constante, algunas personas tosen mientras la vida cotidiana sigue su rumbo. En las tardes, los niños³ corren de un lado a otro de la vía de acceso jugando generalmente con un balón y algunas mujeres conversan en un andén frente a una de las dos tiendas del barrio. Se escucha música desde

² Sistema de construcción característico de la región a base de madera y guadua, con muros rellenos y recubiertos con barro y algún tipo de cal.

³ Durante los meses de mi trabajo de campo observé e interactué principalmente con niños varones, pues son la gran mayoría y quienes pasan más tiempo jugando en espacios públicos. Solo conocí dos niñas y las dos eran menores de ocho años. Las demás mujeres eran adolescentes mayores de trece años.

ventanas y puertas. Reguetón, música de despecho⁴ y vallenato son los ritmos predilectos. Se ven grupos de jóvenes sentados en el “parque” —un espacio de piso de cemento, ubicado frente a la calle principal, donde hace unos años había un parque infantil, del cual la estructura de metal fue robada con el pasar del tiempo, tal y como se cuenta en el barrio. Ellos charlan mientras fuman marihuana, consumen “pepas” o “gotas” de Rivotril⁵, o inhalan *solución*. Con la caída de la noche el consumo de *solución* se intensifica y con más frecuencia se ven pasar a los jóvenes inhalando, por nariz y boca, dentro de una bolsa de leche sin leche y con *solución*⁶. Con los ojos ausentes y el caminar tambaleado, se sientan en cualquier lugar o se pierden entre la maleza de algunos lotes vacíos ubicados detrás del parque. Algunos adultos les llaman “zombis” y los miran con cara de resignación. Los niños siguen jugando hasta bien entrada la noche; ven pasar a estos jóvenes que son también sus hermanos, les esquivan mientras juegan y se ríen de ellos cuando, bajo el efecto de la sustancia, no controlan su caminar y terminan cayéndose.

Al final de la tarde y comienzo de la noche no es raro que alguna tensión entre dos personas, generalmente jóvenes, termine en una pelea que toma como escenario principal el parque o la calle vehicular. Durante los meses de mi trabajo de campo, al menos una vez por semana fui testigo de un conflicto que terminaba en uso de armas blancas (puñales o machetes) y dejaba algún herido. Los relatos de peleas similares, de heridos y hasta homicidios, fueron sin embargo permanentes y se convirtieron en el tema inicial de casi todas las conversaciones que tenía cuando llegaba al barrio. Es importante aclarar aquí que yo no viví en El Rosal. Mi trabajo de campo se desarrolló a partir de visitas de un promedio de cuatro días por semana. Compartiendo días y algunas noches con las personas que frecuenté, tuve una inmersión profunda en el contexto social en el que ellas vivían. Participaba en cada visita a los momentos más cotidianos como a aquellos instantes de lo extraordinario. Fui legitimada rápidamente como una amiga o una “amiga de amiga”, siendo de todas formas muy clara sobre las razones iniciales de investigación que me habían conducido a la comuna. Parafraseando a Michel Naepels (2019), fui, vi, experimenté lo

.....
4 Género de música popular que le canta al desamor.

5 Rivotril es la marca sobre la que se comercializa el clonazepam, un medicamento ansiolítico utilizado generalmente para controlar las convulsiones en pacientes con epilepsia. En la Comuna San José, y más ampliamente en contextos precarios de uso de drogas en Colombia, este medicamento es usado como una sustancia psicoactiva.

6 Para obtener la *solución* se puede comprar en la tienda del barrio una bolsa de leche vacía —o traer su propia bolsa— y en la ventana de la casa del lado “tanquear”, es decir, comprar la sustancia que será agregada a la bolsa: \$500, \$1000, \$2000 pesos (1 dólar = \$4700 pesos aprox.) en función de la cantidad deseada. Las gotas de clonazepam se venden también por unidad y son los mismos jóvenes consumidores quienes las venden.

visible, lo sensible, la interacción y la interlocución, me dejé llevar por la experiencia subjetiva, sensible, inteligible, como aquello que define la política y la ética de la relación etnográfica.

Tanto para Olga como para Mónica y la gran mayoría de mujeres que conocí en El Rosal, más allá de las dificultades económicas, sus mayores preocupaciones eran sus hijos, su futuro, ese “¿qué será de ellos?”. Recuerdo la primera visita al Rosal que hice con Mónica. Estábamos sentadas en el parque. Algunos niños jugaban con un balón. Un grupo de cuatro adolescentes entre los doce y los catorce años se reían frente a la pantalla de un celular. Con Mónica hablábamos de amores y desamores cuando, de repente, ella se levanta y corre hacia una de las casas ubicadas en diagonal al parque. Un minuto más tarde un grupo de mujeres –todas entre los 30 y los 40 años– vienen con ella, preocupadas. Mónica había ido a prevenir a las madres de los adolescentes que hacía un momento estaban riéndose con un celular, que sus hijos se habían dirigido hacia la “cañada”, esos lotes en ladera, llenos de maleza, con las ruinas de algunas casas dejadas por la intervención del macroproyecto. Las mujeres, como si se tratase de un escuadrón de búsqueda, se separaron en el espacio para el rastreo de los jóvenes. Solo unos minutos después los jóvenes reaparecieron, con sus madres detrás de ellos preguntándoles, entre el enfado y el miedo, qué estaban haciendo allá “abajo”. Ya en el parque, que es el lugar donde todo confluye, las madres requisaban los bolsillos de sus hijos. Los jóvenes hacían gestos de descontento; les decían que no estaban haciendo nada malo. Acercándose a sus rostros, las mujeres les olían el aliento, la respiración. Alguna dijo: “¡entienda que yo no quiero que usted se vuelva como su hermano!”. Otra le decía a su hijo: “que yo no sepa que usted está chupando *solución*”.

Escenas como esta, de búsquedas, requisas, regaños y miedo, se repitieron a lo largo de los seis meses de trabajo de campo. Y a ellas se agregaron los llantos y los momentos de angustia por esos otros hijos que, ya dependientes de *solución* y otras sustancias como las “gotas”, se enfrentaban a puñal y machete con sus enemigos en las calles del barrio o en otros barrios y llegaban heridos a casa. Así, la frase “no quiero que se vuelva como su hermano”, hacía referencia a ellos, los hijos mayores de estas mujeres, esos jóvenes entre los 15 y los 25 años que catalogados de “zombis” en sus momentos de consumo, generaban reacciones contradictorias en los habitantes del barrio. En una misma conversación se escuchaba decir “pobres muchachos” y, un poco después, “¡pero es que no cogen juicio!”.

El consumo de drogas marca el espacio público. En un barrio como El Rosal donde todo el mundo se conoce y muchos son parientes, la vida privada y la pública queda expuesta en el parque cuando las madres, por ejemplo, corren a buscar a sus hijos para luego olerles hasta el aliento, o cuando alguien debe reaccionar frente a las violencias cometidas o sufridas por sus hijos, hermanos, primos... la presencia de los jóvenes inhalando *solución*, expone ante los ojos de todos y todas la intimidad y la vulnerabilidad de las familias. Fragmentos de lo íntimo, por retomar la expresión de Pascale Jamouille (2009), se exhiben en el escenario de lo público, de la misma forma que hasta en los intersticios de la vida familiar se instalan los sufrimientos colectivos. Como lo mencionó Patricia Bouhnik (2002) –sobre un contexto de uso de drogas en situaciones precarias en Francia–, vecinos, amigos, familia deben vivir en permanencia con un sinnúmero de contradicciones sobre el denunciar, desaprobar, participar, cerrar los ojos... al mismo tiempo que se confrontan al miedo, la rabia, la desesperación y la aflicción.

“Este no es lugar para criar muchachos” es una frase que muchas personas, y sobre todo las madres, utilizaban de manera reflexiva y resignada. Para ellas, el barrio, ese barrio donde también muchas de ellas habían crecido y donde según ellas tampoco habían tenido buenas oportunidades, representaba un lugar donde sus hijos e hijas están en constante peligro: peligro de *caer* en la *solución*, peligro de salir heridos, peligro de ir a la cárcel o de ser asesinados. La *solución* y los peligros y violencias que le atribuyen, emergían en las conversaciones y en las reacciones más ordinarias como una suerte de omnipresencia inevitable y un destino difícil de cambiar, debido a las condiciones materiales de existencia.

Creecer en El Rosal: vulnerabilidades, violencias

Bailar. A las peleas con armas blancas las llaman “bailarse a cuchillo”. La cadencia del cuerpo está marcada por movimientos no muy amplios para no exponerse demasiado y protegiendo siempre el pecho con el antebrazo y empuñando la navaja, cuchillo, puñal o “pata de cabra”. Un pie adelante y otro atrás, las rodillas deben estar ligeramente flexionadas para controlar mejor el peso del cuerpo al momento de avanzar haciendo “lances” o de retroceder esquivando. En forma de juego, niños entre los seis y los trece años “se bailan” sin portar el arma blanca, pero haciendo todos los movimientos y gestos necesarios para atacar y protegerse al mismo tiempo. Mientras los niños juegan a “bailarse”, algunas veces sus hermanos mayores intervienen para corregir ciertos movimientos.

Situaciones como estas en donde un “juego de niños” retoma y reproduce formas de violencia física son comunes en nuestras sociedades. Videojuegos, programas de televisión, películas y otros contenidos con escenas de violencia, circulan y son hoy en día de fácil acceso gracias a internet. Los niños de El Rosal también juegan a dispararse y matarse siendo policías y ladrones, con armas que ellos mismos fabrican con palos de madera, o pasan horas jugando *Free Fire* –videojuego de batalla– frente a algún celular que un adulto les preste. Sin embargo, a pesar de la popularidad de este tipo de juegos donde la violencia ha terminado por normalizarse y banalizarse, jugar a “bailarse” tiene, a mi modo de ver, la particularidad de reproducir sin cesar un tipo de violencia que representa una preocupación constante para las y los habitantes de El Rosal: las peleas con armas blancas que dejan siempre –al menos de las que fui testigo– un herido, y que les ha costado la vida y la libertad a varios jóvenes del barrio. Estos “bailados” en juego o no, son esos epifenómenos, como diría Rita Segato (2014), que esconden una trama subterránea de situaciones de desigualdad, de violencias estructurales y ordinarias, de formas de vulnerabilidad, que estos niños y jóvenes, en medio de risas y otras veces de rabia, también sufren y de las cuales ellos mismos están inmersos en su reproducción.

Invitándonos a pensar la vulnerabilidad y la violencia juntas, Michel Naepels (2019) escribe:

La vulnerabilidad no existe, de forma diferencial, sino en situación; no es visible, en situación, que por medio de las prácticas individuales y colectivas que actúan con la actualización de ese riesgo. Se podría dar un nombre recíproco a esa actualización, a la actualización del riesgo que es la vulnerabilidad. Ese nombre es el de violencia⁷. (p. 18)

Siguiendo la invitación del antropólogo francés, la violencia o la vulnerabilidad, antes de ser categorías de análisis, son una multiplicidad de experiencias que deben observarse (etnográficamente, en el caso que nos compete) y comprendidas en situación. En cada contexto social, las experiencias de violencia y de vulnerabilidad pueden aprehenderse de maneras distintas por los diferentes actores y actrices sociales. Y, sobre todo, cada experiencia entra en resonancia tanto con la vida íntima, familiar, doméstica, como con la vida más pública, colectiva –aquí, en el marco del barrio.

⁷ Mi traducción.

Cada vez que los niños “se bailan” lo que está *en juego* no es solo su diversión del momento, sino el aprendizaje y la repetición de una práctica que ha entrado en su cotidianidad y que es central en las relaciones y tensiones sociales, pues constantemente ven a sus hermanos, a sus padres u otros familiares inmersos en este tipo de “bailados”. Entre jóvenes, muchos problemas u ofensas se resuelven provocando un “bailado”. Retar a alguien o dejarse retar para un enfrentamiento con arma blanca está vinculado a la búsqueda de respeto (Bourgois, 2003), a una afirmación de sí mismo y a la experiencia de la violencia entre el desafío y la defensa del honor, que puede ser personal o colectivo; este último, cada vez que “bailados” grupales toman lugar por la defensa de alguien del barrio. Cada juego de “bailado” o cada “bailado a cuchillo” pone de manifiesto la vulnerabilidad de niños y jóvenes, las formas de violencia a las que están expuestos cotidianamente y las formas de violencia que ellos ejercen o pueden ejercer.

Para profundizar en esa complejidad –y por qué no, en la paradoja– de vulnerabilidades y violencia, veamos el caso de Juan:

Juan es un niño de doce años que nació y creció en El Rosal, en la casa que sus abuelos paternos construyeron hace más de 30 años. Cuando nos conocimos en febrero de 2021, sus papás, Jorge y Jessica, trabajaban todo el día y él quedaba bajo el cuidado de una de sus tías. Durante los meses de mi trabajo de campo, asistí a varios momentos determinantes en su transición de la infancia a la adolescencia. Momentos marcados, en su caso (como en el de otros niños de El Rosal), por escenas de violencia.

En un periodo de fuertes tensiones entre sus padres, Juan fue testigo de una agresión de su padre hacia su madre debido a una infidelidad, llegando a ver cómo ella se desplomaba. Aunque los relatos respecto a lo sucedido son variados y no supe con certeza si Jessica había terminado en una sala de cirugía para una operación de corazón abierto debido a una herida a cuchillo –como algunos vecinos del barrio lo indicaban– o por un ataque al corazón –como otros decían–, lo cierto es que para Juan ese evento dramático marcó una ruptura con la infancia. Bajo la influencia de su padre, quien culpaba a Jessica y su infidelidad de todos los problemas de pareja y familiares (sin ni siquiera mencionar las formas de violencia física y verbal que él ejercía sobre ella), Juan termina tomando el partido de su padre y deseando, como alguna vez le escuché decir, “que ojalá ella hubiese muerto”.

Jessica pasa su convalecencia en la casa, con Jorge y Juan. Por algunos días después de la cirugía la relación de pareja parecía en calma y pensaban dejar el barrio, “empezar de cero”, y darle la posibilidad a Juan de “crecer en otra parte” y evitar que él, como su hermano mayor de 21 años, Camilo, acabara dependiente de la *solución*. Las fuertes discusiones no tardaron en resurgir y, en una nueva agresión, Jorge le abrió la herida de su operación a Jessica. Juan, quien no había dejado de rechazar a su madre, volvió a tomar partido de su papá. Camilo, bajo el efecto de la *solución* entra también en la discusión. La policía llega. En medio de la confusión, Camilo es conducido a la comisaría que se sitúa solo unas calles más arriba. Juan se altera y de la rabia que siente coge un palo, corre tras uno de los policías que se lleva a su hermano y le golpea fuertemente por la espalda. Unos minutos después, un grupo de policías viene a buscar a Juan y esposado lo llevan también a la comisaría.

Cuando hablaba con Juan de lo sucedido, él estaba entre apenado y orgulloso. No me hablaba de la discusión entre sus padres, sino que enfocaba el relato en el hecho de que la policía se llevara a su hermano. De su madre no hablaba mucho y lo poco que decía era que nunca se iría con ella y que ojalá se fuera lejos. Mientras conversábamos, veía el cambio en él después de este evento. Ya no era el niño alegre, escéptico y curioso que había conocido unas semanas atrás, sino un jovencito con rabia que estaba siempre en contradicción. Su relación conmigo también cambió. Al comienzo de nuestros encuentros yo era una “amiga” que jugaba con él y sus amigos en el barrio, con quien hablaba de fútbol, quien podía contarle historias sobre Bogotá y Francia, quien podía ayudarlo con sus tareas de inglés. Cuando rompe con su mamá, Juan quiebra su relación con lo femenino. Distante, callado y algunas veces insolente y grosero, su relación conmigo y con las demás mujeres que lo rodeaban, se hizo tensa y conflictiva.

Jessica decide irse definitivamente de la casa. Ella le insiste a Juan de irse con ella y él no acepta. Jorge, quien trabaja todo el día, decidió no seguir pagando a su hermana por el cuidado de Juan y llevárselo a trabajar con él en construcción, todos los días, aprovechando que los colegios estaban cerrados a causa de la pandemia. Unas semanas después, Jorge resuelve irse de la ciudad con Juan. Jessica intentó impedirselo, pero Jorge alegó infidelidad y abandono de hogar, y con una demanda obtuvo la custodia de Juan. Al despedirme de Juan, hablamos un poco de lo que tenía en mente sobre lo que sería su viaje: “yo ya no quiero seguir estudiando –me dijo–. ¿Para qué?”.

Este relato sobre algunos eventos en la vida de Juan ocurridos durante los meses que visité El Rosal, ponen en evidencia varios elementos transversales, entre violencias, desigualdades y vulnerabilidades, a los cuales muchos niños se confrontan y los cuales, en muchos casos, marcan su paso a la adolescencia. Uno de esos elementos –y que desarrollaré para cerrar este apartado– es el machismo y la violencia de género, constantes, omnipresentes en la cotidianidad de El Rosal. Aparecen, igualmente, la influencia de los hermanos mayores y el lugar central que ellos tienen en la vida de los niños, así como la desescolarización y la necesidad de “dejar el barrio” como una forma de proteger a los niños y jóvenes. Sobre estos puntos ahondaré en el siguiente apartado.

Las formas de violencia ejercidas por Jorge sobre Jessica y el rechazo que Juan va a desarrollar con relación a su madre tienen unas bases profundas en las relaciones entre hombres y mujeres que son comunes en el barrio. Las tensiones entre unos y otras son constantes. Al ser Manizales una ciudad tradicionalmente conservadora, con una fuerte influencia católica y con una sociedad donde las relaciones de género han sido históricamente mediadas por la dominación masculina, los hombres de El Rosal tienen tendencia a querer imponer su control sobre la vida de las mujeres. Empero, las mujeres resisten de formas variadas y a escalas distintas: realizar alguna actividad en la economía formal o informal que les permita ganar algo de dinero así su pareja siga teniendo la responsabilidad de proveedor, involucrarse en actividades de liderazgo en el barrio, participar en encuentros con otras mujeres donde la palabra se libera –como es el caso de los fumaderos de lectura de tabaco– o enfrentarse a cuchillo en un “bailado” cuando sus “maridos” las golpean, son algunas de esas formas.

No me atrevería a decir, sin embargo, que en El Rosal hay una “crisis del patriarcado”, como lo desarrolló Philippe Bourgois (2003) en su trabajo sobre Est-Harlem de Nueva York, pues las violencias a las cuales se confrontan las mujeres día a día en El Rosal sobrepasan cualquier forma de resistencia. Desde niñas, las mujeres están expuestas a agresiones. Entre mujeres “se advierten”, como dicen en El Rosal, recargando la responsabilidad sobre las mismas mujeres.

En una ocasión que estaba ayudando en la preparación de unas comidas para la venta en casa de Mónica, Claudia –prima de Mónica– llegó a conversar con nosotras. Ella venía acompañada de Laura, una niña de siete años, a quien cuidaba de vez en cuando para ganar algo de dinero. Frente a la casa, los niños varones del barrio jugaban. Laura se asomaba a la puerta a ver qué estaban haciendo los niños de su edad y Claudia

con un no rotundo le dijo que no podía ir a jugar con ellos. Luego nos mira a Mónica y a mí y nos dice: “¿cómo la voy a dejar que juegue con esos niños? Van y la violan y qué”. Laura se sentó al lado de Claudia y esta última le dice que no la puede dejar ir ya que está bajo su responsabilidad. Como si le estuviera dando una lección de vida, Claudia agrega que ella [Laura] ya estaba grande y que tenía que hacerse respetar, “si se deja manosear de algún niño u hombre ya es cosa suya”, agregó. Mientras tanto, Laura, silenciosa, afirmaba con la cabeza. Sin poder contenerme frente a lo que sucedía, deslicé un pequeño comentario sobre no culpar a la niña, y tanto Mónica como Claudia, insistían que eso era “decisión de uno” (como mujeres) de “dejarse o no dejarse” agredir. La conversación continuó sobre otra niña del barrio de doce años quien era una “calentona” –término que hace referencia a mujeres jóvenes seductoras que buscan la mirada de los hombres–, para finalizar sobre Sandra, de 15 años y “ex-mujer” de Tomás –el hijo mayor de Mónica– quien ya había tenido dos “maridos” después de haber terminado con Tomás.

Una de las formas de leer y analizar las relaciones entre hombres y mujeres y las formas de violencia que las permean, es justamente a partir de la figura del “marido”. En El Rosal, así como en muchos otros contextos populares en Colombia, no es raro que las jóvenes desde los catorce años ya tengan un “marido”. Esta figura implica una cohabitación y que el hombre asuma sus responsabilidades de proveedor, al mismo tiempo que se le confiere, como pareja, la posibilidad de ejercer un control sobre los comportamientos de “su mujer”. Como es el caso de todas las parejas de adolescentes que conocí en El Rosal, Tomás y Sandra se instalaron en la estrecha vivienda de la madre del “marido”, es decir Mónica. Mientras ellos vivían en el mismo techo que Mónica, Tomás estaba obligado a salir a trabajar para “darle a Sandra lo que necesitaba”. Sandra no había sido la primera “mujer” de Tomás. Desde los quince años Tomás había comenzado a llevar a “sus mujeres” a casa de Mónica y a esa misma edad dejó de estudiar para poder mantenerlas. El consumo de *solución* llegó por ese mismo periodo. Justamente, la razón por la que se separaron con Sandra fue la dependencia cada vez más acentuada de Tomás al pegamento. En la pelea que dio fin a su relación los dos se hirieron a golpes y –como Tomás me lo contó– ella habría perdido el bebé que estaban esperando. Pues, como es el caso de todas las mujeres que conocí en El Rosal, la adolescencia es la edad del primer embarazo.

Hablar de vulnerabilidades cuando se habla de experiencias de violencia permite, como menciona Naepels (2019), salir de la idea de la victimización. No se trata de puntualizar quién es víctima y quién victimario, pues esto será relativo y solo en situación podrán leerse las

vulnerabilidades y las violencias. Niños como Juan, niñas como Laura, adolescentes como Tomás y Sandra, o hasta adultos como Jessica y Jorge, han crecido en un escenario social donde las violencias se sufren, pero también se infligen. Sin duda alguna, muchas de las formas de violencia que he expuesto se enmarcan en un contexto tradicionalmente machista, pero más allá de eso se enmarcan en un contexto de grandes desigualdades, aquella violencia estructural (Galtung, 1969; Scheper-Hughes y Bourgois, 2004) que se manifiesta por la pobreza, la estigmatización y la imposibilidad de acceder a ciertas oportunidades. Así, lejos de querer caer en los estereotipos que se posan sobre estos barrios, como escribieron Kristine Kilanski y Javier Auyero (2015): “la violencia que desgarrar el tejido de las vidas de los hombres y mujeres que viven en los márgenes urbanos tiene su origen tanto en estructuras económicas y políticas como en acciones e inacciones de los Estados y los actores políticos establecidos” (p. 3).

Dañarse: el sin salida y la solución

Una mañana de sábado, cuando iríamos a casa de unos familiares de Mónica a celebrarle el cumpleaños de los nueve años a su hijo menor, Simón, una fuerte pelea se presentó en El Rosal. Un joven de un barrio vecino llegó al Rosal a apuñalar a Johan, un adolescente de catorce años. Johan, quien estaba sentado en el parque con dos amigos jugando con un celular, fue interpelado por el joven quien le preguntó si él era el hermano de William y, tras su respuesta positiva, se lanzó a herirlo con un cuchillo. Johan alcanzó a esquivar. Los gritos alertaron a los vecinos. Algunos de ellos, entre esos Mónica, salieron a defender a Johan. Tomás, al ver la escena y su mamá en medio, tomó un machete y corriendo se abalanzó contra el joven agresor. El alboroto alertó a los policías de la comisaría que se encuentra cerca. Algunos policías llegaron. Tanto Tomás como el joven tuvieron que huir por la “cañada”. El joven agresor, un poco herido, amenazaba con volver. Tomás volvió unos minutos después herido en la espalda debido a su huida deslizándose por el barranco.

Vecinas y vecinos de las casas que quedaban sobre la vía vehicular estaban en alerta. El miedo principal era que el agresor volviera, esta vez, de pronto, acompañado y con la intención de vengarse no sólo de William sino también de Tomás. En casa de Mónica, yo conversaba con Juan e intentaba calmar a Simón cuando un hombre pasa caminando rápido y se pierde entre los callejones del barrio. Juan me dice: “¡yo creo que es ese!”. Unos instantes más tarde, sin ni siquiera darnos el tiempo de reaccionar a Juan y a mí, se escuchan gritos más arriba. El joven agresor había

.....
⁸ Mi traducción.

vuelto, esta vez con un arma de fuego que alcanzó a sacar frente a Johan. La reacción rápida de los vecinos hizo que unos agentes de policía que estaban del otro lado de la calle también reaccionaran. El joven huyó de nuevo. Simón lloraba. Su mamá y su hermano Tomás estaban ahí, arriba, donde todo estaba pasando. Entre rabia y miedo, Simón cogió el machete que Tomás había dejado detrás de la puerta. Le abracé, le impedí que saliera con el machete. Mónica volvió enseguida lo cual tranquilizó al niño. Tomás, en el parque, montaba la guardia del barrio con los demás jóvenes varones de El Rosal.

La tensión en el barrio duró varias horas. El agresor no había sido detenido. Los familiares de William y Johan discutían. Querían entender lo que estaba sucediendo: ¿quién era el agresor? William explicó que era un enemigo de él y que buscó a Johan por ser su hermano menor, para vengarse. Se trataba del hijo de una familia conocida por ser expendedores de drogas en la comuna. Mónica –temiendo por Tomás– y el tío de William y Johan, fueron a hablar con la mamá del agresor buscando calmar las cosas: ellos no querían más problemas; la policía estaba al tanto de lo sucedido y si su hijo volvía a agredir a alguien en El Rosal, lo denunciarían.

En El Rosal es común que los niños y adolescentes terminen involucrados de una u otra forma en los problemas de sus hermanos mayores, a veces porque ellos se convierten en los objetivos de venganza de los enemigos de sus hermanos –como fue el caso de Johan–, porque buscan intervenir en defensa de ellos –como lo vimos con Juan *supra* y con la reacción de Simón de ir a por el machete– o porque les siguen como modelos. Los hermanos mayores tienen una gran influencia sobre los más pequeños y esa es una de las grandes preocupaciones de madres, padres y demás familiares.

Habitantes del barrio ven repetir las historias de consumo de drogas, delincuencia, desescolarización, reclusión en centros de retención de menores o la prisión en sus hijos; historias que en muchos casos fueron también las suyas. Pese a que una parte considerable de las familias que conocí estaban involucradas en expendio de drogas o en otro tipo de actividades ilícitas o delincuenciales, que algunas personas habían estado en la cárcel o seguían pagando penas a domicilio y que muchas no habían terminado sus estudios secundarios, la reflexión sobre querer algo diferente o “mejor” para sus hijos se hacía constantemente. Ese “mejor” significaba en la mayoría de los casos que terminaran los estudios y, si se podía, fueran a la universidad o hicieran una formación técnica, tuvieran un trabajo formal y no consumieran esas drogas que *dañan*, como la *solución*. Esas expectativas que ponían en sus hijos, ese “¿usted quiere tener

la misma vida que yo tuve/tengo?”, esa distancia que ponían entre sus actos y aquellos de sus hijos daba en muchos casos sentido a la autoridad de padres y madres, al mismo tiempo que generaba una actitud reflexiva y algunas veces de autorrecreación en los adultos. Esas frases que son tan usuales en muchos hogares colombianos, “uno siempre quiere lo mejor para sus hijos”, “yo solo quiero que ellos/ellas salgan adelante” se repetían también, constantemente, en El Rosal.

La desesperación en las madres y algunos padres que conocí frente al consumo de *solución* en sus hijos y a los comportamientos de riesgo (“bailados”, expendio de drogas, robos) se manifestaba comúnmente con el uso de la expresión “mi(s) hijo(s) se me están *dañando*” o, cuando se trataba de los más pequeños, “yo no sé qué hacer para que mis hijos no se me *dañen*”. El *dañarse* hace referencia a un punto donde las conductas de (auto)destrucción (Jamouille, 2002) se encadenan sin pausa hasta dar la sensación de un no-retorno. Este término, sinónimo de deteriorarse o pudrirse (en su uso en Colombia), da cuenta de ese momento en la trayectoria de los jóvenes donde experiencias de riesgo y de violencia los ponen en el filo de un abismo que los condena socialmente –como esa muerte social que puede evocar la expresión “zombi” (Epele, 2010)– y que al mismo tiempo es el reflejo de su vulnerabilidad.

Con Olga conversábamos mucho sobre sus hijos. Madre de cinco hijos de diferentes edades entre los 15 y los 28 años, ella se culpaba constantemente de la situación de su hijo mayor, Pablo, quien dependiente de *solución* desde los nueve años y víctima de maltratos físicos de parte del padre, habría desarrollado una discapacidad física y cognitiva. “Él ya no tiene sus cinco sentidos” me decía Olga antes de agregar que “él ya parecía un *desechable*, un indigente”, pues, según ella, vivía entre la basura. Pablo vivía en casa de Olga en una suerte de habitación exterior donde él acumulaba un sin número de objetos que recogía. En las mañanas madrugaba a la plaza de mercado de la ciudad –que está ubicada en la Comuna San José, muy cerca de El Rosal– a trabajar cargando bultos de alimentos o reciclando. Por El Rosal se le veía durante el día sentado en el parque o en un andén con su bolsa de *solución*.

La historia de Pablo, lo que ella tuvo que vivir con él y la culpa que siente, ponen a Olga en alerta sobre sus otros hijos y principalmente los dos menores, Kevin y Valeria. Kevin, de 18 años, fue el primero de sus hijos en terminar sus estudios secundarios justo antes del comienzo de la crisis sanitaria por Covid-19. Debido al cierre de los establecimientos educativos desde la primaria hasta las universidades causado por la pandemia, la falta de conexión a internet en la casa y, por supuesto, el miedo a que

su mamá tuviera que endeudarse para pagarle algún estudio técnico, Kevin no pudo iniciar sus estudios superiores. “Me preocupa mucho ese muchacho – me decía Olga. Ahí en la casa todo el día, sin hacer nada, y con el *vicio* –haciendo referencia a las drogas– ahí al lado de la casa... Yo no quiero que se me *dañe*”. Después de muchos meses de Olga insistirle a Kevin de “ponerse a hacer algo”, él se presentó para cumplir con el servicio militar, pero fue rechazado en el ejército debido a su pie plano. Un par de semanas después de la noticia del rechazo, Olga me pide con lágrimas en los ojos que le ayude a hacer la hoja de vida de Kevin: “parece que está consumiendo *solución*. Yo necesito que ese muchacho se ponga a hacer algo, que no esté todo el día ahí en el barrio sin hacer nada... es que ese no es lugar para criar muchachos”.

Valeria, como la mayoría de los niños, niñas y adolescentes de El Rosal, continuaba sus estudios en tiempos de pandemia por medio de guías impresas que cada mes le entregaban en el colegio, pues no tenía acceso a internet en casa debido a la falta de dinero para pagar una mensualidad y también porque, así pudieran asumir el pago, las redes de internet no llegan hasta El Rosal. Con el macroproyecto aún administrativamente en proceso, ninguna compañía de internet había querido instalar en la zona el cableado para tener ADSL o fibra óptica. Un habitante del barrio me comentó que cuando llamó para pedir la instalación, le dijeron que como toda la zona sería demolida, entonces no se instalaría nada hasta que las nuevas construcciones estuvieran terminadas.

Aunque no deja de estar preocupada, Olga está más tranquila respecto a Valeria, pues ella no sale de la casa o si sale es porque la acompaña a la institución o a las casas de familia donde trabaja como empleada doméstica. Valeria no se habla con nadie en el barrio, con ninguno de los o las adolescentes de su edad. En una larga conversación que tuvimos con Valeria mientras caminábamos por la ciudad, ella me decía que no salía de la casa porque no quería ver a sus hermanos cómo estaban, bajo en efecto de drogas, y porque ella no quería volverse como ellos. Al barrio nunca dejó de llamarlo “hueco” y tampoco dejó de decirme que allá no había nada bueno. Su anhelo era salir de allí. “Quiero ponerme a trabajar y sacar a mi mamá de ese ‘hueco’”, me repitió varias veces.

Un “hueco”, un lugar donde niños y jóvenes se *dañan*, un lugar que no es bueno para criar muchachos... el barrio, El Rosal, se percibe como un espacio de influencias negativas, de reproducción de experiencias de consumo, de violencias y de sufrimientos familiares frente las condiciones de vida materiales y a la trayectoria de vida de los jóvenes. En su último libro, Pascale Jamouille (2021) nos habla de situaciones de “*emprise*”, ese

término del francés que puede traducirse en español por “influencia” pero que, más allá de una influencia, nos habla de una dominación, de un control que se ejerce sobre alguien o algo. Según Jamoulle:

El efecto destructor de una vivencia de *emprise* inicial puede volverse la causa de *emprises* secundarias [...]. Las trayectorias de vida muestran pasajes de una forma de *emprise* a otra en la misma dimensión de la existencia (de una pareja violenta a otra, por ejemplo), o de una esfera de la vida social a otra (de la vida privada a la espiritualidad, al militante político, al trabajo [...]). La *emprise* sepultada en la memoria, sin ser dilucidada, es un sistema que tiende a repetirse, tal un objeto fractal, en las trayectorias de vida y en lo intergeneracional.⁹ (2021, pp. 12-13)

Cual un destino fatal, los niños, niñas y jóvenes de El Rosal –desde el punto de vista de las personas que conocí– parecen estar condenados, si se quedan en el barrio, a permanecer en esas situaciones de *emprise* en las que han crecido ellos, sus hermanos y sus padres y madres: expendio y consumo de drogas, violencias, desigualdades, todas omnipresentes. *Dañarse* es estar bajo *emprise*, es entrar en ciclo de experiencias destructoras, es consumir-se, perderse. A pesar del control, a veces excesivo, que algunas madres o algunos padres ejercen sobre sus hijos menores por miedo a que se *dañen*, la fuerza de la *emprise* es mayor.

Pero ¿cómo salir de la *emprise*? ¿Cómo cortar su fuerza?

Algunas madres como Olga y Mónica han optado por “echarles la policía a sus hijos”. Cuando la desesperación de ver a sus hijos con la bolsa de *solución* es insoportable, cuando las escenas de violencia son tales que sus hijos han rozado heridas graves o mismo la muerte, ellas han preferido que la policía los detenga frente a ellas y que internos, generalmente en centros de retención de menores, ellos puedan cambiar.

Luego de una grave pelea con armas blancas –de un “bailado” en el parque– en la que Tomás estuvo involucrado, Mónica no pudo más de todas las preocupaciones que él le hacía pasar y decidió ella misma llamar a la policía, denunciar a su hijo y pedir que lo internaran. Menor de edad aún y habiendo abandonado sus estudios secundarios desde hacía más de dos años, Tomás fue ubicado en un centro de detención campestre, a unos 40 minutos de la ciudad, donde tendría la oportunidad de retomar sus estudios. Unos meses después de su ingreso a este centro, fuimos con

⁹ Mi traducción.

Mónica y Simón a llevarle unos materiales para manualidades. Sin que ni siquiera nos dejaran entrar al lugar, Simón, admirado desde el portón por el lugar donde estaba su hermano, me dijo: “Aquí reciben desde los once años. Yo me voy a portar bien mal los próximos años para que me traigan aquí”. Como Simón, algunos niños de El Rosal que conocí me hablaron también de buscar la forma de hacerse internar en alguna institución para salir del barrio, para no *dañarse*.

Reflexiones finales

La liberación de la *emprise*, según Jamouille (2021), procede en un lento movimiento de revitalización en el cual poder imaginar otra vida posible o encontrar una forma de escape y rescate son fundamentales. A las situaciones de *emprise* de violencias, de pobreza, de desigualdades sociales, de falta de oportunidades, muchos jóvenes han encontrado como “solución” la *solución*, lo que los ha llevado a entrar en un ciclo constante de *emprises* secundarias. Varios niños y adolescentes que conocí en El Rosal tenían la capacidad de ver ese ciclo, de sentirse en peligro frente a él, no solo porque los adultos se los dijeran. Para liberarse de ese ciclo, ellos y ellas imaginaban una vida posible fuera del barrio, pensando en hacerse internar o evitando salir de la casa.

Sin embargo, la “solución” a ese “sin salida” en el que se perciben los niños y adolescentes, a ese miedo de “no futuro” –de *dañarse*– que agobia y aflige a madres y padres de estos jóvenes, no puede solo depender de la capacidad de ellas y ellos a salir de la *emprise*, de la influencia generalizada y opresora de situaciones sociales donde las experiencias de vulnerabilidad y violencia son la cotidianidad. Como lo vimos a lo largo de este texto, formas de violencia estructural e institucional han condicionado históricamente muchas de esas violencias, hoy ordinarias, que sufren y ejercen las personas que conocí y frecuenté en El Rosal.

El macroproyecto de renovación urbana, fallido e inconcluso, le ha quitado a niños y adolescentes la posibilidad de acceder a escenarios deportivos o culturales, ha dejado innumrables lotes vacíos y llenos de maleza donde no solo el consumo de drogas sino también las agresiones toman lugar, e incluso ha impedido que el internet llegue a sus casas. Durante la crisis sanitaria por Covid-19 –momento en el que se desarrolló la gran parte del trabajo de campo–, cuando unos espacios escolares estaban cerrados o funcionando en alternancia, cuando frente a la estrechez de las viviendas y los malestares familiares, niños y jóvenes preferían estar fuera, en el parque, en la “cañada”, cuando la educación tuvo que hacerse por medio de guías a completar sin mayor acompañamiento,

debido precisamente a la falta de acceso a internet, las desigualdades se recrudecieron, las brechas educativas (y digitales) aumentaron y, paralelamente, las oportunidades, esas otras vidas posibles que los niños y adolescentes imaginan y que les ayudarían a salir de la *emprise*, disminuyeron.

Algunas veces, simplemente, las vidas de algunos niños y adolescentes se apagan, llevadas por el ritmo feroz de la *emprise*, de las situaciones de extrema vulnerabilidad –y así de extrema violencia– a las que están expuestos... En agosto del 2021, Tomás fue asesinado debido a una herida mortal causada por un puñal. Se había escapado del centro de reclusión donde estaba, había vuelto a El Rosal, retomado el consumo de *solución*, pero con ganas de ayudar a su mamá había conseguido un trabajo.

Según los familiares con quienes pude hablar –inicialmente vía telefónica y por redes sociales y posteriormente en las visitas puntuales que realicé–, Tomás, estando de nuevo en el barrio, comenzó una relación discreta con una mujer mayor que él, vecina, quien tenía un “marido”. Este último –al parecer involucrado en expendio de drogas y sicariato– se enteró de la infidelidad de su “mujer” y, por celos, mandó asesinar a Tomás. Otro joven de un barrio vecino fue el sicario que cometió el asesinato. Muy temprano en la mañana, cuando Tomás y Mónica se dirigían a sus respectivos trabajos, casi en frente de la comisaría de Policía de la Comuna, el sicario apuñaló por la espalda, en el cuello, a Tomás. Unos minutos después, él se desplomó frente a la estación de policía mientras pedían auxilio.

Algunos días después de la muerte de su hijo, Mónica se mudó a otro barrio con Simón. Tanto para ella como para doña Lucy, su madre –quien habría vivido en El Rosal casi toda su vida–, la culpa del asesinato la tenía *el barrio*: “Esto ha cambiado mucho por acá– me dijo entre lágrimas en una larga conversación telefónica. Cuando yo crié a mis hijos esto no era así tan terrible, pero ahora... solo drogas, muerte. Esta juventud está muy loca”. Por su parte, Mónica, cuando ya nos pudimos ver a solas en mayo de 2023, me contó que en los días siguientes a la muerte de Tomás, Simón verbalizaba sus intenciones de vengar el asesinato de su hermano. Cuando él se entera que el hijo de la mujer que estaba con Tomás –quien tiene su misma edad y era su amigo– fue quien le contó al “marido” de su mamá sobre la relación que ella tenía con su hermano, Simón cogió un machete y salió lleno de rabia de la casa con la intención de matarlo. Fue en ese momento que Mónica toma la decisión de irse de El Rosal. “Mi bebé se me estaba dañando”, me dijo con algunas lágrimas en sus ojos intentando explicarme porqué Simón ya no vivía con ella.

Después de la partida de Mónica del barrio supe de otras familias que también se fueron de allí. Diversos relatos que me fueron contados hacían referencia al mismo hombre, al mismo “vecino”, sicario y expendedor, como el responsable de haber mandado herir a puñal a otros jóvenes. Por miedo de que sus hijos tuvieran el mismo destino de Tomás y, posiblemente, con la esperanza de cortar la/una *emprise* las familias dejaron El Rosal... Mientras tanto, el asesinato de Tomás sigue impune.

Agradecimientos

Un agradecimiento especial al profesor Gregorio Hernández Pulgarín por su acompañamiento en este trabajo.

Financiación

Investigación financiada por Minciencias (Colombia) – Fondo nacional de financiamiento para la ciencia, la tecnología y la innovación “Francisco José de Caldas” – y desarrollada dentro de una estancia postdoctoral en el Grupo de Investigación Territorialidades de la Universidad de Caldas (Colombia).

Conflicto de intereses

La autora declara que no existen conflictos de intereses para la publicación del artículo.

Referencias

- Auyero, J. y Kilanski, K. (2015). Introducción. En Auyero, J., Bourgois, P. I., y Schepers-Hughes, N. (Eds.). *Violence at the urban margins* (pp. 1-17). Oxford University Press.
- Bouhnik, P. (2002). La drogue comme expérience intime. *Ethnologie française*, 32(1), 19-29.
- Bourgois, P. I. (2003). *In search of respect: Selling crack in El Barrio* (2nd ed). Cambridge University Press.
- Cantor-Amado, F. y Cutiva-Suárez, A. (2012). *El plan de renovación urbana en la comuna San José en la ciudad de Manizales o el fracaso de una política pública sin público, sin ciudadanos*. X Seminario de Investigación Urbana y Regional. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cvyu/article/view/5342>
- Epele, M. (2010). *Sujetar por la herida: Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Paidós.
- Galtung, J. (1969). Violence, Peace, and Peace Research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167-191.

- Hernández-Pulgarín, G., García-Arias, M. y Rivera-Pabón, J. (2020). Análisis de los ajustes normativos y urbanísticos de un Macroproyecto de Interés Social Nacional en la ciudad de Manizales, Colombia. *Revista Espacios*, 41(49). [https://doi.org/DOI: 10.48082/espacios-a20v41n49p01](https://doi.org/DOI:10.48082/espacios-a20v41n49p01)
- Jamouille, P. (2021). *Je n'existais plus: Les mondes de l'emprise et de la déprise*. La Découverte.
- Jamouille, P. (2009). *Fragments d'intime: Amours, corps et solitudes aux marges urbaines*. La Découverte.
- Jamouille, P. (2002). *La débrouille des familles: Récits de vies traversées par les drogues et les conduites à risque*. De Boeck.
- Ministerio de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial. (2009). Resolución 1453, Por medio de la cual se Adopta, por motivos de utilidad pública e interés social, el Macroproyecto de Interés Social Nacional "Centro Occidente de Colombia San José" del Municipio de Manizales, Departamento de Caldas. República de Colombia.
- Naepels, M. (2019). *Dans la détresse: Une anthropologie de la vulnérabilité*. Éditions EHESS.
- Scheper-Hughes, N. y Bourgois, P. (Eds.). (2004). *Violence in war and peace: An anthology*. Blackwell Publishing.
- Segato, R. (2014). La nueva elocuencia del poder. Una conversación con Rita Segato por el Instituto de Investigación y experimentación política. En *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres* (pp. 77-114). Pez en el árbol.